

Benévolo

¿Habrá lugar para la compasi3n?

Benévolo

¿Habrá lugar para la compasi3n?

Alez Delayer

Autor: Alez Delayer

Título original: Benévolo

Corrección y diseño portada: **Black River Correcciones**
blackrivercorrecciones@gmail.com

©Alez Delayer 2024

Gracias por comprar una edición original de este libro y respetar las leyes de *copyright* al no reproducir, escanear o distribuir esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que se sigan publicando buenos libros.

ISBN: 9789403731650

A las personas que aportan y hacen de este un mundo mejor

Illinois

Pueblo de Quincy, 1996

—¡Linda! Tu padre llega pronto, ¿esperarás a que te lleve? —preguntó apartando el auricular de su oído.

La joven abrió la puerta de su dormitorio y respondió a su madre, que alzaba la voz bajo la escalera.

—Salgo ya. Las chicas y yo hemos quedado para un último ensayo antes del partido.

Con gesto no muy convencido, la mujer retomó la conversación telefónica.

—Olvídalo, se marcha ahora. Dice que harán una última prueba —contestó mientras Linda, a paso rápido, bajaba los escalones y plantaba un beso en su mejilla.

De pie y con el teléfono de pared en la mano, aquella madre contemplaba a su hija, a la que el ajustado vestido de animadora, con los colores azul y dorado del instituto, resaltaba su juvenil figura.

—¡Oye, tú! ¿De dónde sacaste ese pintalabios? En un intento por disimularlo, Linda apretó los labios.

—¡Mamá, por favor, no seas anticuada! Voy a animar al equipo, no a estudiar a la biblioteca.

—Sí, ya... Animar a los chicos —repitió con ironía—. ¿Quién te traerá de vuelta?

De camino a la puerta, Linda se giró.

—Seguramente, Matt.

—¿Matt? ¿Quién diablos es Matt? —preguntó malhumorada.

—¡Es broma, mamá! Betty me dijo que su padre le dejaría el coche, le pediré que me traiga.

—Eso me gusta más, no provoques que te castigue para toda la vida —respondió con una sonrisa—. Mucha suerte, y saluda a las chicas de mi parte.

—¡Lo haré!

En medio de aquella urbanización a las afueras del pueblo, la puerta de una de las casas se abrió proyectando luz al húmedo césped del jardín y, tras recorrer la corta distancia que la separaba hasta la acera, Linda se sentó en la marquesina a la espera del bus.

Abstraída en sus pensamientos, ensayaba mentalmente cada paso que iba a ejecutar junto al resto de animadoras hasta que una intensa luz la trajo de vuelta al mundo real.

El rugido del motor de un llamativo Ford Mustang se detuvo frente a ella poco antes de bajar la ventanilla del acompañante.

—No me cabe duda de que hoy ganaremos, ¿verdad? —preguntó el conductor.

Enmarcando una amplia sonrisa, Linda intentó asomarse, pero la escasa luz solo le permitió ver entre sombras.

—¿Quién eres?

—Oh, perdona. Soy Marcus, hermano de Tom Johnson...

—¡Vaya!, no sabía que nuestro *quarterback* tuviera un hermano mayor.

—La verdad es que no me dejo caer mucho por aquí, pero hace unos años también jugué en el equipo, aunque he de admitir que no en una posición tan buena como la de Tom.

—Está claro que no te ha ido mal —insinuó Linda, que recorrió con la mirada el vehículo.

—No me puedo quejar... Mi hermano y unos amigos iremos a tomar algo antes del partido, ¿crees que te apetecería venir?

—Eres muy amable, pero debo presentarme con tiempo para el ensayo.

Desde el interior del automóvil, el conductor afirmó con lentitud.

—Bueno, otra vez será. Fue un placer hablar contigo.

—Igualmente.

De un potente rugido, la fuerza del motor puso en marcha el deportivo, pero en su interior el espejo retrovisor reflejó las hermosas piernas de Linda que, cruzadas una sobre la otra,

dejaban a la vista el dobladillo de las medias bajo su falda.

A pocos metros, el vehículo se detuvo, y la joven observó que retrocedía hacia ella.

—Perdona, no me he ofrecido a llevarte.

—Te lo agradezco, pero no es necesario, el bus pasará enseguida.

—¡Vamos! La animadora más guapa del instituto no merece que la vean llegar en una tartana vieja y oxidada. Voy para el partido, te prometo que no es molestia.

Tras una leve pausa, Linda tomó su bolsa de deporte y echándosela al hombro abrió la puerta y se dejó caer sobre la tapicería de cuero.

—Nunca he montado en un coche como este —comentó a la vez que llevaba la vista a la ventana de su casa, en la que su madre, despreocupada, continuaba hablando por teléfono.

Louisiana

Pueblo de Ruston, presente

En las maltrechas calles de un destartalado vecindario, Andrew, sentado en su viejo butacón, bebe *whisky* barato en mitad de su descuidada vivienda cuando, al alargar la mano para tomar el mando de la televisión, esta choca con una fría y dura piedra.

—¡Pero qué cojones...! —maldice al mismo tiempo que, sobresaltado, se levanta.

Estático, descubre sobre la mesa un extraño recipiente de mármol negro con vetas doradas del tamaño de una caja de zapatos. Andrew lo observa e intenta dar con la persona que, sigilosamente, lo ha colocado junto a él, pero de pie en mitad del salón, solo su sombra, reflejada entre las colillas del suelo, lo acompaña.

Desconfiado, alarga sus viejas manos hasta colocarlas sobre la tapa, y tras un firme tirón, se asoma sobre la caja.

—¡¡Joder!!

Visiblemente angustiado, Andrew da un paso atrás y tropieza con el butacón, cae al suelo y, a rastras, se dirige hacia la mesa, en la que debajo y pegada con cinta americana oculta una escopeta de doble cañón.

Un vecino descamisado, al que una abultada hernia sobresale de su ombligo y fuma junto al jardín, oye el golpe en el interior de la casa.

—¡Andrew!, ¡viejo cabrón! ¿Estás bien? —grita a pocos metros de la puerta.

Con el pánico marcado en sus desgastados ojos azules, Andrew apunta arrinconado desde una esquina, que a esas horas y, a causa del sol, torna el salón en un añejo tono sepia.

En busca de una salida, y arrastrando la espalda por la pared, se dirige a la puerta de la cocina sin percatarse de que una sombra crea una tétrica figura tras el cristal opacado.

—¡Andrew! —insiste el vecino, que golpea con fuerza la puerta de la entrada y, sin esperarlo, recibe el impacto de la metralla sobre su herniado vientre.

Cegado por el terror, y con la humeante escopeta en sus manos, Andrew observa el agujero que ha dejado tras la madera antes de oír caer el cuerpo por las escaleras del porche.

La caja

Tras un par de golpes, la puerta del pequeño despacho se abre y Elizabeth, la veterana secretaria del *sheriff*, aparece tras ella.

—Altercado en casa de Andrew Baker.

Levantando la vista de su ordenador, Paul pregunta:

—¿Qué ha hecho ahora ese viejo borracho?

—Ha disparado a un vecino, los servicios de emergencia ya se encuentran en camino.

—¡Maldita sea! —exclama a la vez que cierra la tapa del portátil, se levanta y toma su sombrero—. ¿Dónde está Terry?

—Salió no hace mucho a llevar a la hija de los Flanagan de vuelta a casa, pero ya le di el aviso.

—Bien. Prepara el calabozo, este tipo pasará la noche en él o en una fosa —contesta antes de abrir la puerta del armero y tomar un rifle.

Después de estacionar frente a la casa de Andrew, el *sheriff* ve a decenas de vecinos que se amontonan en las calles de la desmejorada urbanización mientras una ambulancia espera a que carguen al herido.

—¿Qué tienes? —pregunta Paul al conductor.

—Herida de arma de fuego, le han disparado desde dentro. La madera ha amortiguado la